



Fotografía de Óscar Menéndez

El Golem de Praga

Sólo en una ciudad tan provocadora y permisiva como Praga podían suceder las cosas encantadoras e inusitadas que cuentan las viejas historias. El emperador Rodolfo II de Habsburgo (1552-1612), hijo de Maximiliano II y de la prima hermana de éste, María, que era hija de Carlos I de España y V de Alemania, fue quien inauguró esta tradición desde que aceptó y protegió el desarrollo de la ciencia incipiente, el arte, la astrología, la alquimia y la magia negra. En los rústicos laboratorios de los alquimistas el propio emperador buscaba la piedra filosofal que solucionaría todos los problemas y de paso convertiría los edificios, los palacios y los puentes en puro oro macizo —de allí vienen las innumerables torrecillas doradas que coronan la ciudad y los nombres de algunas de las calles: La del Oro (Zlatá), La de la Plata (Stríbrná), La de Hierro (Zelézna)—. Igualmente, en esa época de oro, vivieron allí Giuseppe Arcimboldo —considerado el Leonardo Da Vinci de la Corte de Bohemia—, los manieristas Johann von Aachen y Bartolomeo Spranger y el escultor Adrian Vries, entre muchos otros. Allí encontraron también protección los astrónomos Tycho Brahe, después que abandonó Dinamarca y, en 1596, Johannes Kepler que con su *Misterium Cosmographicum* comenzó la tarea de derrumbar para siempre los sueños de grandeza de

una humanidad soberbia que se creía el centro del universo. En esa atmósfera de ensueño, transformada por la creatividad de maestros tan doctos, nació el Golem que, a decir verdad, hunde sus raíces en la historia judía. Un famoso pasaje del *Talmud* (Sanhedrin, 38b) describe uno de los primeros Golem y dice que algunos de los ilustres rabinos del siglo II d.C., entre los que se encontraban Rabí Zera, Raba y Rabí Hanina, aseguraban que si los justos quisieran, serían capaces de crear un mundo. El resto de los mortales no, porque están contaminados por el pecado y han perdido ese saber. Un día, Raba creó un Golem y lo envió a Rabí Zera. Éste habló con él, pero como no le respondía, le dijo: “Eres una creación de la magia, vuelve a tu polvo” (Sanhedrin, 65b).

Luego vinieron las permutaciones y la idea de que el universo está sellado como conjunto, en las seis direcciones posibles con las seis combinaciones del nombre YHVH. Todo vive y se anima por medio de ellas. Esta tradición fue prosperando hasta que, hacia el año 1180, en el sur de Francia y norte de España —curiosamente es la misma época y lugar donde florecen los herejes cristianos: Cátaros, Albigenses, Valdenses—, surge un pequeño libro, de tan solo treinta y cinco páginas, asombroso, por no decir increíble texto de la literatura hebrea de la Edad Media, el *Bahir*. En sus páginas se encierran las ideas que propician la irrupción de los cabalistas. Pero tendrían que pasar cien años para que en la España del siglo XIII, Rabí Moisés de León escribiera el *Zohar*. A partir de entonces progresa la idea de que el cosmos está construido sobre la base de la combinación de las veintidós letras y las diez sefirot. el *Zohar* ilustra el despliegue de los atributos o emanaciones (sefirot) divinas, a través de las cuales Él, con su carácter creador, da vida al universo. Esta doctrina estaba ya vigente desde el siglo II d.C. en el *Sefer Yetzira*: “Con treinta y dos vías maravillosas de sabiduría, Yahvé Dios de los Ejércitos, Señor Viviente y Rey del Universo, Dios Omnipotente y Misericordioso, Clemente y Excelso y que reside en lo alto y cuyo nombre es sagrado, grabó y creó el mundo. Con diez Sefirot y veintidós letras fundamentales las grabó, las plasmó, las combinó, las sopesó, las permutó y formó con ellas todo lo creado y todo aquello que ha de crearse en el futuro”. Los rabinos, dedicados a estudiar estas combinaciones y sus infinitas posibilidades, dieron con la clave y aprendieron a crear un Golem —la palabra significa: materia amorfa— que se ocuparía de los trabajos pesados de la sinagoga.

En el *Periódico para Eremitas* de 1808, Jakob Grimm cuenta que los judíos polacos modelan “después de recitar ciertas oraciones y guardar varios días de ayuno, la figura de un hombre de arcilla y cola, y una vez pronunciado el sem hemaforás éste cobra vida”. No puede hablar, pero entiende lo que se le ordena y ejecuta toda clase de trabajos domésticos. Sin embargo, nunca sale de casa. En su frente se encuentra escrito “emet” (verdad) y, cuando el Golem es grande y fuerte, para que no haga daño a nadie, los piadosos borran el alef de la palabra escrita en su frente donde sólo queda “met” (muerto), y el muñeco se deshace y se hace polvo.

El ritual golémico es laberíntico. Primero hay que tomar tierra virgen y amasarla en agua corriente para formar con ella un muñeco, luego, deben pronunciarse sobre él las combinaciones alfabéticas —doscientas veintiuna en total— de las “puertas” del libro *Yesirá*. Esto exige el conocimiento de los alfabetos de todas las puertas y las combinaciones de sus letras con cada una de las consonantes del Tetragrama, teniendo en cuenta que deben ser tomadas en el orden de las cinco vocales centrales aceptadas por los Hasidim. Hay que recitar las combinaciones en distinto orden sobre cada una de las partes y los órganos del cuerpo. Un determinado orden en la secuencia da lugar a un ser masculino y otro, a uno femenino

—a pesar de la diferencia, el Golem no tiene potencia sexual—. La inversión del orden provoca la regresión al polvo. El ritual también dice que se hace un círculo alrededor de la criatura y se recorre el círculo mientras se recitan las combinaciones. De esta forma se debe proceder cuatrocientas cuarenta y dos veces. Al marchar hacia delante la criatura se incorpora con vida, pero si se quiere destruir lo creado, se ha de marchar hacia atrás, recitando al revés la numerosa serie. Entonces la criatura se hunde en el suelo y muere.

Hubo una época en que los Golem abundaban ocupados en diversos trabajos y encomiendas, pero, el más célebre de todos es el que creó Judah Loew ben Bezabel, Rabí Lew, para la sinagoga de Praga. Según Gustav Meyrink (1868-1932), una tarde, antes de la oración de la noche, el Golem de Praga cayó en un frenesí incontenible y corrió por las callejuelas oscuras. Rabí Lew borró la letra inicial y la criatura se desplomó, “sólo quedó la raquítica figura de barro, que aún hoy se muestra en la sinagoga de Praga” y, un poco más tarde, en el cementerio, en una de tantas tumbas, los restos mortales de Rabí Lew.

Félix García